

EXPERIENCIAS DE ALFABETIZACIÓN



**POR UN SINALOA
ALFABETIZADO**

© Universidad Pedagógica
del Estado de Sinaloa

Castiza s/n
Col. Cuauhtémoc
Culiacán Rosales, Sinaloa
C.P. 80027
Tel. 01(667) 7502461
01(800) 890 47 26



UPES

www.upes.edu.mx

Coordinador
Juan Pablo González Renaux

Diseño Editorial
Naibi Rubiera

ISBN
03-2014-050610435800-01

Tiraje: 3000 ejemplares

Hecho en México

Presentación.....	4
<i>Dr. Aniseto Cárdenas Galindo</i>	
Todos aprendemos a un ritmo diferente	6
<i>Jazmín Rosario Raygoza Segovia</i>	
Marta, fortaleza y constancia.....	11
<i>Mónica Llisel Lares Lizárraga</i>	
Una llave a la vida	16
<i>José Alejandro Reyes Leyva</i>	
La imaginación de Emiliana	19
<i>Sonia Yolanda Rodríguez Pedraza</i>	
Quiero superarme.....	22
<i>Ricardo López Chávez</i>	
Ellos aprendían de nosotros y nosotros de ellos	26
<i>Diana Elizabeth López Márquez</i>	
Bajo la sombra del árbol de tamarindo.....	31
<i>Karina Cervantes Romero</i>	
Nada es imposible con esfuerzo, voluntad y dedicación.....	36
<i>Alba Mirely López Armenta</i>	
Natividad, Rosalina, Benita, Elisabeth y Francisco.....	38
<i>Francisca Esparza Castillo</i>	
Aprender a escribir su nombre	40
<i>Fernanda Sánchez Urías</i>	



La idea de editar la serie de cuadernillos de experiencias de alfabetización surgió del entusiasmo observado en los prestadores de servicio social como en los adultos beneficiados, quienes deseaban dar testimonio fehaciente de sus respectivos procesos de alfabetización en los que participaron.

Los cuadernos constituyen la memoria individual y colectiva de los brigadistas del servicio social universitario, recogen sintéticamente las vivencias obtenidas en el noble propósito de ayudar a leer y a escribir a centenas de Sinaloenses que quisieron y pudieron hacerlo.

La estructura de cada informe es simple, procura recuperar lo esencial de la experiencia: antecedentes del alfabetizado, circunstancias que influyeron en

el proceso, actitud de los sujetos concernidos en la operación del programa, métodos, técnicas e instrumentos utilizados, avances y retrocesos, valoraciones en general, antes, durante y al final del proceso. En fin, se trataba de dar voz a todos los implicados, para que sus esfuerzos se magnificaran mediante la divulgación. De esa manera el éxito no se agota al culminar el proceso, si no el hecho que trascienda más allá de los tiempos, recreándose cada vez más que el relato encuentra a un nuevo lector.

Me complace en esta edición hacer constar los logros obtenidos por la Universidad Pedagógica del Estado de Sinaloa. A sí mismo, felicitar a la Unidad Culiacán, por la entrega de la constancia número 2000 a Jesús López González, un logro histórico en Sinaloa rumbo al reconocimiento de la UNESCO del estado con la bandera blanca, que lo certificaría como una entidad libre de analfabetismo.

Sólo quiero felicitar a nuestras alumnas y a nuestros alumnos por el esfuerzo que han hecho por solidarizarse con las personas que necesitan saber leer y escribir; y agradecerles a estas personas que hayan permitido que nuestras alumnas y alumnos visiten sus domicilios y los puedan ayudar a leer y a escribir. Ojalá podamos continuar con esta actividad y que quien aprenda a leer y a escribir hoy pueda incursionar en sus estudios de primaria.

Atentamente

Dr. Aniseto Cárdenas Galindo

Rector

Todos aprendemos a un ritmo diferente

Jazmín Rosario Raygoza Segovia



En el segundo ciclo escolar se nos pide realizar servicio social comunitario que consiste en la alfabetización de diez personas mayores de quince años.

Dando seguimiento a mi quehacer escolar; cuando llegó el momento de alfabetizar, recibimos asesoría de personas especializadas en el tema, nos entregaron material para seguir las

indicaciones y una explicación de cómo realizar esta actividad que para mí sería un reto aplicar los conocimientos adquiridos y además me sentiría realizada con esta profesión con la que me identifico.

Así pues enterarme que el servicio social era alfabetizar a otras personas, me emocionó bastante. Pero al saber que teníamos que alfabetizar un total de diez personas me sentí presionada

y preocupada en muchos aspectos, se vinieron a mi mente muchas cuestiones, ¿dónde iba yo a conseguir tantas personas?, ¿y si me dicen que no, no podré concluir mi servicio social? Y como estas preguntas muchas más pasaron por mi mente, pues no sabía dónde acudir para conseguir esa cantidad de personas que solicitaban y que éstas a la vez accedieran para que yo les pudiera brindar mi apoyo, paciencia y mis conocimientos. No fue fácil.

Nadie dijo que alcanzar la cantidad de personas que se solicitaban fuera fácil y menos que tuvieran interés de superarse.

Así pasaron días y yo preocupada y sin saber por dónde empezar. Hasta que haciendo memoria recordé que cerca del Fraccionamiento “Las Mañanitas”, se situaba la colonia “Monte Bello”.

Al llegar a esa localidad el 2 de noviembre de 2013, en aquel lugar había que ir con prudencia, sin cosas de valor, pues es una de las colonias con riesgo de asalto y zona insegura. Recuerdo que la primera casa que toqué salió una señora, su nombre Norberta Corral Barraza, su edad 62 años, a la cual le expliqué el motivo por el cual acudía a su domicilio, empecé por preguntar su nombre y su edad y si sabía leer y escribir, ella me contestó con pena que no sabía absolutamente nada, y le pregunté que si le gustaría

que yo le enseñara a leer y escribir.

Al observar su rostro no fue muy favorecedor, con la expresión me lo dijo todo, pero yo no me di por vencida y le dije: -Pero señora nunca es tarde para aprender, qué importa los años que tenga, al aprender sentirá una satisfacción muy grande, porque usted sola se soltará escribiendo y leyendo sin la ayuda de nadie y se sentirá orgullosa de sí misma.

La señora Norberta me miró y aún no muy convencida me dijo, -Pues me gustaría aprender, pero a la vez me da miedo por el qué dirán de la gente, ya que a mi edad, ya estoy muy grande. Intervine de nuevo haciéndola entrar en razón que nadie se debe de burlar de ella ni de sus conocimientos, todos aprendemos a un ritmo diferente y si otras personas se burlan es porque no les gusta ver superarse a otras personas y quieren que sigan siendo como ellos. Y de nuevo insistí con la pregunta ¿le gustaría recibir clases gratuitamente?, ella respondió que -sí, sí me gusta la idea, ya más o menos con lo que me dijiste reflexioné y sí quiero aprender. Por consiguiente le pedí sus datos personales, calle, teléfono, etc.

Cuando estaba anotando sus datos ella se ofreció a prestarme su casa para realizar las clases, me sorprendió pues iba empezando y alguien se compadecía de mí. Le respondí cortésmente y le dije

que ya que lograra reunir a las personas que me faltaban le daría el día y la hora para realizar clases en su hogar; así quedó, al retirarme de su hogar fui tocando otras casas.

Me dirigí a una casa cerca de la señora Norberta donde me recibió una señora de nombre Desideria, ella muy amable me atendió, muy simpática por cierto, y le expliqué el motivo por el cual acudía a su domicilio, que venía de UPES realizando mi servicio social, el cual consistía en brindar clases, para que las personas sepan leer y escribir, sin presión de nada, que poco a poco ella iba a ir aprendiendo y no la iba a forzar de ninguna manera, y oyendo esto su esposo sale de su hogar y dice que le interesó lo escuchado que le gustaría aprender, ya que al momento de poner la firma ellos ponen su huella digital, les hice la pregunta a ambos, ¿les gustaría recibir clases gratuitas para leer y escribir?, me respondieron que estaban interesados, que cuando guste empezar lo podía hacer, por tanto les dije que comenzaríamos el día 9 de noviembre del 2013.

Regresé a casa de Norberta a decirle que ya había personas interesadas en aprender y que el sábado la veía para empezar las clases en su domicilio. Me despedí de ella y seguí la búsqueda de las demás personas. Al no encontrar más, pues ya iba a anochecer me fui a casa.

Regresé el 9 de noviembre a la colonia “Monte Bello” a la casa de Norberta, con útiles escolares y una guía en donde venían ejercicios de abecedario y vocales. Norberta tenía una mesa y sillas para empezar las clases. Todo iba muy bien, se presentaron como habíamos quedado, los tres no sabían absolutamente nada, desconocían las letras.

Primero empecé por ejercicios de mano, ponerlos a hacer círculos y zigzag, para que fueran teniendo mayor movimiento al escribir. Por consiguiente vimos las vocales, no todas para que no les resulta tedioso, y más porque su vista no les ayudaba. Al finalizar la actividad los dejé descansar y los cité para el sábado siguiente a la misma hora de 4 a 5 de la tarde.

Posteriormente me dirigí a otros hogares pues necesitaba las cinco personas, y tenía que buscar. Toqué en una casa donde me recibió una muchacha que se portó muy fría y sin ánimos de aprender, aún recuerdo sus gestos y por más que le di ánimos no la convencí, llegó a decirme que si era obligación el ir al domicilio de doña Norberta, le dije que no, pues aquí no se le obligaba a nadie y es decisión de cada quien seguir superándose; luego de un rato cambió su actitud y me dijo que sí, creo yo que sólo me lo dijo para dejarla de “molestar”, me dio sus datos y la cité para el 16 de noviembre del 2013 a las



4 de la tarde. Me despedí cortésmente.

Ese mismo día, 9 de noviembre, fui tocando puertas de otros hogares y las respuestas fueron las siguientes: ¡No, ya estoy mayor para eso!, ¡No, porque no quiero que se burlen de mí!, ¿Tú me vas a enseñar?, ¡No puedo, trabajo! ¡No tengo tiempo!, esas y muchas más respuestas conseguí con personas que no tienen el interés de superarse.

Desanimada un poco porque todavía me faltaba una para alcanzar un total de cinco para alfabetizar; si las personas ponían barreras ¿cómo iba yo a encontrar individuos dispuestos a aprender? El sábado 16 de noviembre de 2013 fueron sólo tres personas: Desideria, su esposo y Norberta, y la muchacha no fue, ella sólo dijo que iría pero no se presentó ese día; seguí con

ánimos y realizamos las actividades de la guía, vimos el abecedario, les puse ejercicios y les dejé tarea.

Y así fueron pasando los días en los que iba y les aplicaba clases, hasta llegar al sábado 14 de diciembre del 2013 donde la señora Desideria junto con su esposo, me dijeron que ya no iban a poder asistir más a las clases, pues ellos necesitaban trabajar para mantener su hogar; yo sin más que agradecerles el tiempo prestado a mi servicio social, les deseé suerte y se retiraron. Me quedé sólo con Norberta. Con ella fui los demás sábados, realizamos actividades, le dejaba tarea, se las revisaba.

En el 2014 hubo en la Universidad cambios por razones administrativas en las cuales se modificó de alfabetizar a diez personas, sólo tendríamos que

alfabetizar a dos, y esto me resultó más fácil, ya que tenía a la señora Norberta y sólo me faltaría una más.

Seguí yendo al domicilio de mi alumna. Platicando con mi vecina me enteró que tiene un familiar que necesitaba aprender a leer y escribir, me motivó y la cito para conversar con ella y convencerla para tomar clases en el domicilio que le resultara más fácil, a Érika Guadalupe Domínguez Almeida le pareció muy pertinente mi ayuda, se quiere superar por sus hijas, para que cuando sus niñas entren a la escuela ella apoyarlas en sus estudios.

Las clases con ella fueron los domingos, empecé con ejercicios para el movimiento de mano y después, vocales, y así pasamos al abecedario, se familiarizó rápido con las letras,

le cuesta trabajo unir las palabras y confunde la “b” con la “v”, es normal pues suenan de la misma manera, así pasaron domingos e iba aprendiendo poco a poco hasta llegar a los dictados como Norberta. Puedo decir que tanto Érika como Norberta han aprendido de una manera factible y se esfuerzan por superarse día a día.

Vi resultados favorecedores en ambas, sé que cada persona aprende de una manera distinta a la otra, y si no aprende a la primera, hay que buscar estrategias y actividades que les resulten fácilmente, y no rendirse, hay que tener paciencia y apoyar a las personas que necesitan de nuestra ayuda, pues si tenemos nosotros los conocimientos, debemos de saber brindárselos a personas que lo necesiten. Fue así como conseguí alfabetizar a mis dos grandes alumnas.

Marta, fortaleza y constancia

Mónica Llisel Lares Lizárraga



Este acontecimiento surgió en una de las sesiones de clase de la materia del eje metodológico, cuando platicábamos sobre el tema de alfabetización con nuestra asesora Lidia Marsella Quintero Rodríguez. Ella en su conversación intentaba concientizarnos sobre la necesidad de iniciar esta labor social, entonces fue cuando nuestra compañera de grupo

Karla Valenzuela Urquidez, en ese entonces colaboradora de CONAFE, sugirió que pudiéramos llevarlo a cabo en su campo, que ella había platicado con la trabajadora social de dicho lugar al respecto, accediendo la trabajadora social a brindarnos la oportunidad de hacer la alfabetización en ese lugar.

Inmediatamente nuestra profesora Lidia Marsella Quintero Rodríguez se dirigió al departamento encargado



del área de servicio social para conseguirnos el transporte de la Universidad que nos llevaría al campo domingo tras domingo.

Acompañados por nuestra profesora del eje metodológico y el chofer de la unidad, nos trasladamos por primera vez a dicho lugar; al llegar se puso en práctica la observación del contexto, incluyendo los olores, ruidos tan particulares que se percibían, al igual que las personas que lo habitaban, que también nos observaban con una expresión de rareza al vernos llegar.

Posteriormente nuestra asesora nos organizó de manera que pudiéramos distribuirnos por todo el lugar para llegar vivienda por vivienda a buscar a las personas que no supieran leer y

escribir, mismas que anotamos en hojas blancas por su nombre, número de galera y cuarto. Acción que no fue fácil porque algunas personas se mostraban con poca disponibilidad para aprovechar el ofrecimiento, así como también hubo otras que no titubearon para aceptar esa oportunidad.

Después de haber anotado a los adultos que sí quisieron alfabetizarse, se les invitó a reunirse en una parte de dicho lugar bajo la sombra de algunos árboles que se encontraban en las últimas galeras. En esa reunión dimos unas palabras de bienvenida por cada uno de nosotros, al mismo tiempo que nos presentábamos con ellos proporcionándoles nuestros nombres, informándoles formalmente sobre nuestra misión y poniéndonos a sus

órdenes para que ellos eligieran el día y hora para tomar sus clases.

Los domingos de 3 a 5 pm era el tiempo que tenían disponible para tratar de aprender a leer y escribir, en su respectiva vivienda. Al escuchar tal conversación inmediatamente pensé en mi familia, mis hijos, mi esposo, en las cosas que comúnmente yo hacía los domingos.

Ese día al regresar a casa con el compromiso pactado con las personas del campo, inmediatamente me abordaron mis hijos y esposo haciendo notar su inconformidad porque el domingo era nuestro día para estar juntos como familia, ya que entre semana cada integrante se dedica a desempeñar sus actividades cotidianas y obligatorias. Entonces fue cuando me dirigí con ellos para decirles que la decisión ya estaba tomada y que iba a asumir mi compromiso de labor social con la gente necesitada, terminando mi familia por comprender mi situación, y brindándome su apoyo para que domingo a domingo yo llevara a cabo mi cometido.

El siguiente domingo que nos presentamos a dar clases nos dirigimos a cada vivienda para avisar a nuestros alumnos que ya estábamos listos para empezar, cuál sería nuestra sorpresa que muchos de los adultos que se habían anotado en las listas ya se

habían arrepentido de querer aprender, entonces comenzamos a dialogar con las personas renuentes para tratar de convencerlas de nuevo.

Finalmente se quedaron las personas que realmente quisieron aprender y con ellas empezamos la labor. En mi caso tuve la oportunidad de alfabetizar a la señora Marta Hernández Campos: Mexicana, con 40 años de edad, de oficio jornalera, madre de 6 hijos, originaria de Chilapa, Guerrero, con domicilio actual en el Campo Buen Año. Tuve la suerte de tenerla como alumna porque es una persona noble de sentimientos, muy trabajadora, comprometida, constante, dedicada, que a pesar de sus largas jornadas de trabajo (5 am a 6pm) de lunes a sábado, todavía le quedaban fuerzas y ganas de aprender.

En la primera sesión bajo un árbol de guayaba y sentadas en el suelo, ambas creamos un ambiente de confianza porque empezamos a platicar de nosotras, Marta me contó que tenía 6 hijos, 5 que había dejado en su lugar de origen, y un niño de 9 años de edad de nombre Justo, que se encontraba viviendo con ella en el campo. Enseguida le pregunté cómo fue que todavía no sabía leer y escribir, a lo que me respondió que sus padres nunca la mandaron a la escuela, al igual que ellos tampoco fueron y no sabían leer ni escribir.

Que no había tiempo para ir a la escuela, sólo para ir a trabajar a las labores del campo, tejer servilletas, manteles, elaborar prendas de vestir, bolsas etc. Y que ese era su oficio para sostenerse económicamente ella y su familia. Luego le pregunté: ¿qué tantas ganas tiene de aprender a leer y escribir? A lo que me contestó Marta: -Pues tengo muchas ganas, maestra, porque es muy feo no saber; cuando vamos por un camino, algún lugar, veo que hay letras y algo dice y no sé qué hacer. Además para el trabajo quisiera apuntar lo que hago a la semana para saber cuánto trabajo hice y pues tampoco lo sé escribir, cuando vamos a comprar a la tienda nuestros alimentos para la semana.

En ese momento me conmovió mucho lo que me dijo y vi la necesidad urgente que la señora Marta tenía por aprender, entonces le dije: Marta, llegué en el momento más indicado, porque con las ganas que usted tiene, entre las dos nos vamos a dedicar para que usted aprenda lo más pronto posible, la miré a los ojos, ella sonrió un poco apenada y yo también sonreí.

Con la libreta en mis manos entonces le pregunté: Ahora dígame ¿qué es lo primero que usted quiere aprender?, rápidamente Marta me quitó la libreta de las manos y me dijo: Primero quiero saber cómo anotar los días de la semana y cuánto trabajo hago, porque luego

no sé. Tomando el lápiz dibujó unas rayas verticales que según ella eran los surcos de las plantas y como pudo con palitos me explicaba con ejemplos las inquietudes que tenía. Y a eso le llamé diagnóstico inicial, porque me di cuenta qué tanto tenía por conocimiento y de dónde iba a partir. Enseguida escribí su nombre completo para que ella lo copiara y lo hizo muy bien, miré que agarraba el lápiz adecuadamente y que tenía más precisión al escribir de la que yo imaginaba; hacer labores de tejido le ayudó bastante porque fijaba muy bien el lápiz, sin temblarle la mano.

Luego le pregunté si había visto algunas letras y me dijo que sí, porque se fijaba en el cuaderno de su pequeño hijo Justo. Así empezó la historia de aprendizaje de la señora Marta. Para el próximo domingo elaboré con fomi las vocales y las pronuncié en voz alta y se las mostré a Marta para que las observara, repitiera junto conmigo y después las identificara, escribiéndolas en el pintarrón y en el cuaderno a manera de planas primeramente.

Al siguiente domingo le llevé ejercicios impresos para que relacionara las vocales con su respectivo dibujo, como también las letras vocales formadas con puntos para que Marta las remarcara.

Le proporcioné periódico para que con color encerrara las vocales que iba

identificando, y así sucesivamente poco a poco se fue apropiando de las letras. Algo interesante que observaba en Marta era su fortaleza, su constancia, porque en ocasiones se le cerraban los ojos con cara de cansancio. Y yo le decía ¿cómo se siente Marta? la veo cansada ¿quiere que la deje descansar?, Marta me respondía: -No maestra, sígale, ya se me va a pasar; con sus dos manos se tallaba los ojos, frente y cabeza, tomaba su lápiz escribiendo más.

Por ejemplo, cuando se equivocaba al escribir la letra **a** porque escribía la **o**, yo le decía, a ese círculo sólo póngale el palito y ya va a ser la letra **a**. Marta la borraba y me decía, no maestra, la voy a hacer desde el principio bien; no le gustaba hacer tachones ni mucho menos. Es ahí donde yo admiraba en ella sus ganas de hacer las cosas bien, el ser constante y perseverante.

Y así sucesivamente en cada sesión de clase era muy gratificante ver la sonrisa de la señora Marta cuando experimentaba cada logro, cada aprendizaje, y darnos cuenta de cómo

se iba apropiando poco a poco de las letras hasta formar sílabas y luego palabras cortas, para posteriormente ir escribiendo enunciados cortos y después largos.

Realmente fue una experiencia única, porque siempre había tenido la oportunidad de enseñar a leer y escribir a niños de 6 a 8 años, mas no a adultos. Estas vivencias han dejado un aprendizaje más en mi vida, pude sentirme más humana al comprender la situación de desventaja en que se encontraban esas personas, además darme cuenta que para aprender no hay barreras, no se necesitan de grandes cosas materiales y comodidades para poner un verdadero ambiente de aprendizaje, y llegar al objetivo de enseñar a leer y escribir.

Al llegar al objetivo cumplido llegó el momento de la reflexión, pude percibir durante el trayecto lo que es tener un compromiso social justo, solidario y de responsabilidad para con los demás. De lo cual me siento muy satisfecha.

Una llave a la vida

José Alejandro Reyes Leyva



Toda esta aventura de alfabetización inició al término del tercer grado de la licenciatura en Educación Primaria, cuando asistimos a unos cursos sobre cómo se trabajaría con las personas adultas, y los distintos métodos de enseñanza.

Al terminar estas dos sesiones nos dedicamos a buscar personas que no

supieran leer ni escribir, y fue cuando se nos presentó la oportunidad de ser parte de la ruta dos de alfabetización sabatina organizada por la UPES. En mi caso la comunidad a la que fui asignado fue El Realito, donde junto con algunos compañeros y los coordinadores de la ruta fuimos de casa en casa buscando personas analfabetas, fue entonces cuando conocí a la señora Yessenia Contreras Gallardo y a su suegra.

Lo primero fue un saludo amable seguido por una presentación, después les dimos a conocer de dónde veníamos y cuál era el motivo de nuestra visita a su comunidad y fue así como obtuve a mi primer alumno. Después, con el apoyo de los coordinadores de alfabetización de la UPES, se localizó a una familia entera que no tenía ningún grado de escolaridad y fue ahí donde encontré a mi segundo alumno.

El trabajo de alfabetización se realizó en casa de los alumnos, para generar en ellos una mayor confianza y que estuvieran cómodos. En ocasiones las sesiones se desarrollaron en conjunto para realizar juegos con alumnos de otros compañeros.

Haber sido parte del programa de alfabetización de la UPES ha significado

algo muy positivo en mi vida personal tanto como en la profesional en muchos sentidos. Al inicio sólo lo miraba como algo obligatorio, para titularme, y hasta llegué a enfadarme con la Universidad, decía “Por qué si nunca lo habían hecho, ahora con nosotros sí”, entre otras cosas; pero hoy, después de haber terminado y logrado lo que tanto esfuerzo y sacrificios nos costó, mi pensamiento es otro.

Si hablo en plural es porque no sólo fue trabajo mío, sino de todo un equipo de trabajo, ya que tuve la oportunidad de ser parte de la ruta dos de alfabetización organizada por la UPES, donde contábamos con el apoyo de las autoridades encargadas del programa, así como de coordinadores que nos acompañaban a las comunidades en todas las visitas.



Durante mi estudio en la UPES tuve la oportunidad de practicar en distintas escuelas primarias, con niños y apoyarlos en su aprendizaje de lecto-escritura, lo cual fue algo muy gratificante, pero ahora puedo decir que el trabajo con adultos y jóvenes mayores que nunca tuvieron la oportunidad de estudiar por situaciones económicas y problemas familiares que se les presentaron cuando niños, me doy cuenta que la gratificación es mayor por haber sido parte de sus logros y es algo que se puede sentir en sus miradas cuando logran leer un simple enunciado.

En resumen, me siento muy satisfecho de haber tenido la oportunidad de ser

parte de la vida de buenas personas y no sólo ser un conocido más para ellos, sino uno que les enseñó a leer, a defenderse de los malos tratos, de los fraudes que comúnmente son expuestos por no saber leer lo que los contratos dicen.

Si el ser maestro fuera siempre como lo era durante las sesiones de alfabetización, siento que todos estaríamos muy motivados, ya que todo el tiempo nos recibían con una gran sonrisa y un saludo lleno de agradecimiento, porque estaban llegando quienes les ofrecían una gran herramienta (una llave a la vida), con ello me refiero al simple hecho de leer y escribir por sí solos.

La imaginación de Emiliana

Sonia Yolanda Rodríguez Pedraza



Todos en algún momento de nuestra vida hemos tenido experiencias alfabetizadoras, por mínimas que sean, pero las hemos tenido. En esta ocasión les contaré una de mis experiencias más significativas para mí.

Mi nombre es Sonia Yolanda Rodríguez Pedraza, alumna egresada

de la Licenciatura en Educación Preescolar y orgullosa participante del Programa de Alfabetización de la Universidad Pedagógica del Estado de Sinaloa.

Cabe mencionar que yo ya había participado hace algunos años en algunas experiencias de alfabetización de adultos aquí en Costa Rica, participando en el programa

promovido por el INEA, de manera que en esta campaña tenía en la cabeza muchas lecciones prácticas acerca de las fortalezas y debilidades de estos procesos y creo que por tal motivo no me fue difícil llevar a cabo la tarea encaminada a alfabetizar en este caso en particular a la señora Emiliana Vizcarra Retana, una madre de familia entregada a sus tres hijos, a su esposo y a las labores del hogar.

Cuando entrevisté a la señora Emiliana y le pregunté que si le gustaría aprender a leer y escribir, lo primero que me dijo fue que le parecía algo muy difícil porque ella ya estaba “grande” para eso y que era bien “burra”, a lo que yo le respondí que nunca es tarde para aprender y que todos tenemos la capacidad para poder aprender algo nuevo, siempre y cuando tengamos la disposición para hacerlo.

Después de convencerla le pregunté qué en qué lugar le gustaría recibir las clases a lo que ella me respondió que en mi casa, ya que en la de ella vivían muchas personas y que no la iban a dejar entender bien la clase.

El proceso de alfabetización de la señora Emiliana inició el día 24 de febrero; en esta sesión se trató de hacer un diagnóstico inicial para conocer la situación de la señora en cuanto a su lectura y escritura. De este diagnóstico se pudo rescatar que la señora tenía

conocimiento de algunas letras y podía leer algunas palabras y que lo que más se le dificultaba era la escritura ya que omitía letras al momento de escribirlas.

Poco a poco fuimos avanzando en el proceso, el cual se dio en 21 sesiones de 1 a 2 horas diarias aproximadamente, las cuales fueron muy productivas gracias al empeño de la señora Emiliana, que siempre mostró entusiasmo y dedicación en cada una de ellas y fue muy cumplida con las tareas que se le pedían.

Una de las circunstancias que en algunos momentos nos impedían avanzar eran algunos problemas de salud muy fuertes por los que atravesaba la señora Emiliana y una servidora, pero a pesar de esto se trató de hacer lo mejor posible de parte de las dos. Quiero comentar que durante el proceso de alfabetización de la señora Emiliana, siempre se trató de alentar la imaginación, la visualización de lo posible, es decir, en lugar de colocar la realidad tal cual es, se quiso colocar la realidad como ésta debe ser. Se trató de hacer una campaña alegre, en la que la señora pudiese reír, imaginar, visualizar, aunque sea por un instante, cómo es ese futuro por el cual está peleando y que merece pelearse.

Se hizo todo lo posible para que no actuara como automática, siguiendo ciegamente una cartilla o un método,



sino para que comprendiera lo que estaban haciendo, tomaran decisiones y pudieran no sólo resolver problemas, sino anticiparlos.

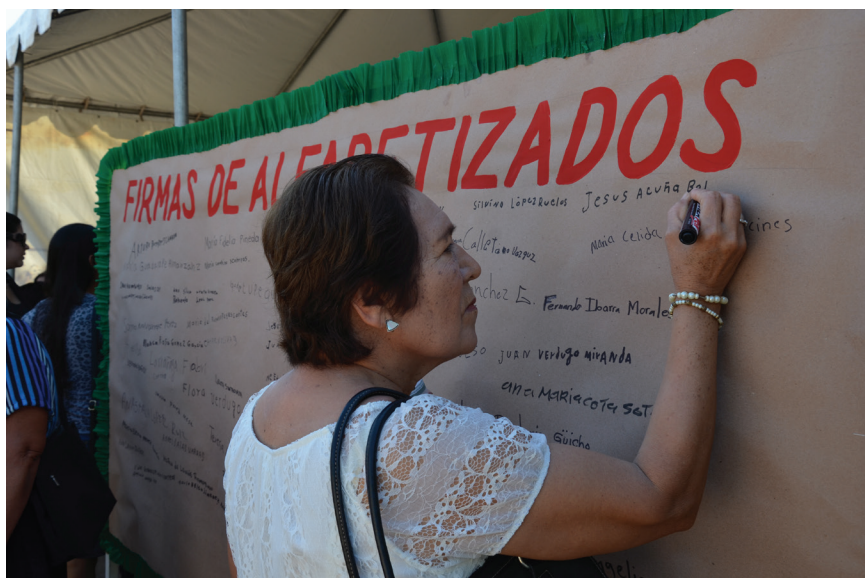
El problema del analfabetismo -como siempre se recalca- es un problema social nacional que, como tal, no debe limitarse a los adultos analfabetos y a los alfabetizadores, sino que tiene que ser asumido como un problema y un tema nacional y aplaudo la iniciativa de

la Universidad Pedagógica del Estado de Sinaloa por apoyar este tipo de programas.

De igual manera agradezco a la Universidad Pedagógica del Estado de Sinaloa por esta gran oportunidad que se me brindó para llevar a cabo una de las labores más hermosas que para mí existen y la cual es ayudar a un ser humano a aprender a leer y a escribir y así brindarle la oportunidad de que se sienta un poco más segura en este mundo cada vez más difícil.

Quiero superarme

Ricardo López Chávez



Un día del semestre 6 se nos informó que la escuela estaba en un programa de alfabetización para adultos mayores, los cuales tenían que ser ayudados por nosotros los estudiantes, esto nos serviría como servicio social, pero lo más importante era que nosotros como futuros maestros tendríamos una experiencia que nos podría servir para toda la vida. Fue así

que tuve la fortuna de alfabetizar a dos personas, pero la historia comenzó así:

Un día un grupo de cinco compañeros nos dimos la tarea de organizarnos para que todos juntos fuéramos a buscar a las personas y así mismo darles clases. Un día fuimos a las instalaciones de la UPES para que nos dieran la lista de personas que había en la región del Évora y que si se podía, que fuera en la

colonia Unidad nacional, debido a que se nos facilitaba la manera de llegar.

Después de haber tenido la lista de las 60 personas que no sabían leer, esa lista ya la tenía el DIF, y por lo tanto nos la facilitó, fuimos calle por calle, tocando puertas, algunas personas amablemente nos atendían, otras hasta sentíamos que se molestaron y otras no se tomaron la delicadeza de abrirnos las puertas. Eso nos causó mucha indignación porque uno solamente quería ayudar y ellos se mostraron muy indispuestos a ser ayudados.

Decidimos irnos a otro lugar, dos compañeras son de Angostura y nos comentaron que ellos escucharon que en un poblado cerca de Angostura había muchas personas que no sabían leer.

Un día nos decidimos a ir a La Esperanza, primero fuimos a buscar a la persona encargada de la casa ejidal, la cual se mostró muy atenta y solidaria, incluso nos llevó personalmente a la casa ejidal, la cual estaba en pésimas condiciones; por lo tanto, tendríamos doble trabajo al tener que limpiar ese lugar, pero eso pasó a segundo término.

El primer día de búsqueda de las personas, llegamos al fondo de la calle principal para hacer un recorrido por todas las calles; en las primeras casas encontramos a dos personas, por lo

que el panorama era diferente al de Guamúchil. Las personas se mostraban más entusiasmados, incluso aquellas personas que ya sabían leer nos recomendaban con algunas personas que no sabían leer, al final del día nos fuimos con un total de 7 personas. Al día siguiente seguimos con el recorrido de calles y se consiguieron 4 personas más, por lo cual tuvimos un total de 11 personas, las rifamos y a 4 compañeros nos tocaron dos personas y a una compañera le tocaron tres.

El primer día fue el más difícil debido a que la casa ejidal estaba en muy malas condiciones; por lo tanto, un día antes de la primera sesión fue día de limpieza, la cual fue bastante desgastante ya que el aula que se nos facilitó estaba muy sucia, tenía muchos años sin ser abierta.

El primer día fue el más difícil debido a que nunca habíamos tenido la experiencia de tratar a personas mayores que nosotros, pero después de la presentación se rompió el hielo y las clases trascurrieron de manera muy alegre, los adultos estaban muy entusiasmados, pues nunca habían asistido a un grupo de clases como estudiantes.

Una de las personas que nos tocó alfabetizar lleva por nombre Alfredo Mata Masías, este alumno tenía algunos problemas de aprendizaje como problemas de coordinación, lo

íbamos a dar clases llevábamos algo de comer para que los alumnos estuvieran más cómodos.

A pesar de que nosotros poníamos todo de nuestra parte, con el tiempo se empezó a mostrar un poco de ausentismo de los alumnos, por lo cual nosotros nos empezamos a preocupar. Investigamos en las casas de las personas y nos comentaron que ya no podían ir a nuestras clases porque estaban inscritos en un programa de *Oportunidades* y esto les exigía la asistencia a algunos talleres como de repostería y al mes se

les daría un estímulo; por lo tanto, los alumnos ya no fueron. Otros alumnos no fueron debido a que eran jornaleros y estaban en la temporada de trabajo y tuvieron que salirse de las clases.

En conclusión, esta fue una etapa muy interesante porque aprendí que dar clases a los adultos es muy interesante, ya que aprenden diferente a los alumnos pequeños, pero fue una experiencia muy agradable porque me di cuenta de la realidad de cómo se trabaja en una zona rural, ya que yo siempre había trabajado en zonas urbanas.

Ellos aprendían de nosotros y nosotros de ellos

Diana Elizabeth López Márquez



Me encontraba realizando mis estudios en la Universidad Pedagógica del Estado de Sinaloa, subsele Guamúchil, cursando la Licenciatura de Educación Primaria, cuando se nos brindó la información de que la única manera de realizar el servicio social sería mediante el programa de alfabetización. Dicho

programa tenía como fin izar bandera blanca en el estado de Sinaloa.

El servicio social consistía en brindar apoyo a personas adultas (mayores de 15 años) que tenían el deseo, la necesidad y las ganas de aprender a leer y a escribir, sin importar la comunidad en donde radicaban, que estuvieran viviendo en el estado de Sinaloa.

Esta labor al principio fue difícil de entender, pues si enseñar a alumnos de primaria es complicado, tan solo pensar en enseñar a adultos que ya tienen ideas muy arraigadas a su forma de pensar, hacía que las dudas llegaran a mí. Pero la hora de empezar llegó y se tuvo que levantar un censo en la ciudad de Guamúchil, el cual se realizó por un grupo de cinco personas (Diana, Ricardo, Enrique, Leide y Paola) que recorrían las calles de manera entusiasta, pues aunque era una situación impuesta, al final de todo resultó interesante para una persona que pretende formarse como educador de seres humanos.

Para ser sincera la respuesta de este primer censo hizo que el entusiasmo y el interés de mi parte decayeran pues las personas cerraban las puertas en nuestras caras, unos se negaban y otros sinceramente nos decían que ya estaban viejos para esos trotes y que no les interesaba.

Esta situación hizo que no pudiéramos realizar el servicio social en esta comunidad, por lo cual se tomó la decisión de seguir buscando, en otra parte a personas que necesitaran y quisieran nuestra ayuda.

Por ello se inició otro censo, pero esta vez en la comunidad de La Esperanza, Angostura, lugar en donde encontramos gente que tenía la ilusión

y el deseo de aprender a leer y a escribir, motivo que me llenó de esperanza, pues la verdad ya sentía que uno no podía hacer todo solo y si la gente no quería ser ayudada yo no podía hacer nada, pero lo bueno es que 11 personas estuvieron interesadas en aprender y acudir a clases de alfabetización, de los cuales me tocaron dos personas (Mayra López López y José Antonio Ortiz López) pues éramos un equipo de 5 integrantes, entre todos nos repartíamos labores y todos trabajamos con los 11 estudiantes no importaba quién era el alumno que nos correspondía, pues así las clases eran más entretenidas, dinámicas y provechosas; sólo en cuestión de dar seguimiento al adulto cada quien se enfocaba a la persona que le correspondía.

Para dar las clases se tuvo que buscar un lugar que fuera proporcionado por la misma comunidad, puesto que todos somos de fuera y nadie podía apoyar con su casa. Esta situación hizo que nos moviéramos y lográramos platicar con el comisariado, al cual le explicamos lo que era el programa de alfabetización y de qué manera podría servirle a su comunidad, por lo que él decidió prestarnos la casa ejidal para impartir clases de alfabetización.

Los estudiantes fueron llegando de uno por uno y el salón se llenó, la ilusión de ellos y la mía había comenzado, al principio fue difícil y me causó un poco



de nervios, pero conforme nos fuimos conociendo las clases se volvían más dinámicas y entretenidas, pues ellos tenían ideas y formas de pensar muy diferentes a la mía y tal era mi agrado que ya esperaba los días de clases porque me reía con ellos, contaban sus experiencias y participaban en clases muy a su modo, con unos ejemplos que a veces sólo ellos entendían, demostrando con esto que nosotros les enseñábamos a leer y a escribir pero ellos nos transmitían y nos enseñaban nuevos conocimientos, ellos aprendían de nosotros y nosotros de ellos.

Nosotros pretendíamos hacer las clases entretenidas y dinámicas, utilizábamos material didáctico como lotería, donde ganaban despensas y artículos que eran de su agrado (cintos, vasijas, vasos, bules, etc.) y

cabe mencionar que a todas las clases llevábamos refresco, papitas, pan o galletas (todo de nuestro dinero), con la finalidad de mantenerlos interesados, motivados y con disposición.

Definitivamente esta fue una experiencia inolvidable que me llenó de inspiración e interés por ayudar a las personas, sólo eran 11 personas con las que estuvimos trabajando de manera grupal y de las cuales dos me correspondían a mí: el joven José Antonio y la señora Mayra yo me enfocaba en sus dificultades y en sus habilidades.

José Antonio es un adolescente que fue sincero y al principio mencionaba que él iba por que su mamá lo mandaba, pues no había terminado ni la primaria, ya que tenía que trabajar y mantener a

su familia. Y aunque lo mandaban, él asistía serio pero dispuesto, siempre puntual y atento. Pero como todo estudiante no cumplía con todas las tareas. Siempre explicaba que era por cuestión de tiempo, pues se iba a trabajar. Este alumno empezó sin saber básicamente nada, las vocales se le enredaban y el abecedario no lo sabía.

Al pasar el tiempo las vocales, el abecedario y la formación de palabras ya estaban en su aprendizaje de manera correcta y su formación iba avanzando.

Yo me sentía feliz por él. Aunque comenzó yendo a la fuerza, al final resultó tanto de su agrado que él expresó esperar los días de clases para dejar de hacer lo mismo de siempre (trabajar por las mañanas) y poder leer él solo el periódico sin estar a un lado de sus sobrinos para que éstos se los leyeran. Esta situación suena un poco extraña pues era un joven de 15 años que no sabía leer y que le pedía a sus sobrinos leerle todo lo que él quería saber, inclusive cartas que le mandaba la novia.

Pero un día de repente dejó de asistir y aunque fuimos a buscarlo a su casa e insistimos en que siguiera acudiendo a clases él tomó la decisión de ya no ir, puesto que el trabajo en las parcelas ya había comenzado en la mañana y en la tarde. Y en esta ocasión su mamá lo apoyó, pues ella explicó que le pesaba

mucho que su hijo dejara de estudiar, pero era mejor tener algo de comer en su casa.

La señora Mayra López expresó, desde el día del censo, que ella no sabía leer ni escribir porque su familia era muy grande y no la pudieron mandar a la escuela, y lo único que había hecho siempre era trabajar en el campo.

Ya en las clases ella explicó que aunque no había aprendido antes, ella tenía las ganas de leer un periódico sin ayuda, y que le iba a ser muy difícil asistir a todas las clases porque era la única que mantenía a todos lo que vivían en su casa, vendiendo tamales o lo que encontraba; también comentó que aunque ella estaba vieja nunca era tarde para aprender.

La Sra. Mayra asistía de manera regular, en ocasiones un poco tarde, pero siempre lo hacía, aun cuando desde el principio se puso una barrera ella sola en cuestión al tiempo disponible. Y cada día se mostraba más lista, despierta e interesada; las vocales, el abecedario y la formación de palabras ya estaban dentro de su formación. Todo iba avanzando, y yo como alfabetizadora me encontraba feliz por brindar mi ayuda a personas necesitadas, ella ya escribía y leía, lento pero lo hacía.

El tiempo pasó y tuvimos que ir a



buscarla a su casa, pues ella ya no asistía a clases y todo dio un giro rápidamente, aquella persona que estaba súper interesada en leer y escribir y que había puesto todo su interés en aprender había tomado la decisión de decirnos que ya no asistiría pues en la comunidad había entrado un programa de repostería donde recibían un estímulo económico que a ella le hacía mucha falta. Y pues siendo así, nosotros no tuvimos nada que ofrecerles.

Esta situación fue desgastante psicológicamente, pues un día todo iba bien y al otro todo se viene abajo, todo aquello que había sido alegría y emoción se convirtió en tristeza y desmotivación.

Pero en conclusión puedo decir que me siento alegre por haberme dado la oportunidad de ayudar a personas que quisieron salir adelante aprendiendo a leer y a escribir, y que aunque nuestros alumnos hayan dejado el taller de alfabetización, yo siento que lo que aprendieron les servirá en su vida diaria, no del todo como nosotros lo habíamos planeado, pero algo es algo.

Bajo la sombra del árbol de tamarindo

Karina Cervantes Romero

Todo empezó con la necesidad de “alfabetizar” como única opción para poder liberar mi servicio social y así obtener mi título como Licenciada en educación primaria.

Inicié con todo el entusiasmo, el deseo y compromiso de alfabetizar a muchos, pues previo a esto asistí a un evento donde nos dieron a conocer el programa de alfabetización y salí muy motivada.

Al contemplar que en mi comunidad iba a ser difícil encontrar como mínimo a las cinco personas analfabetas que se me requería, tomé la determinación de ir a la sindicatura de Sataya, municipio de Navolato, situada a 60 kilómetros de Culiacán; pues mi padre en esos días adquirió un terreno cerca de allí en una comunidad llamada “El Realito”, perteneciente a la misma sindicatura, e iba a atenderlo a menudo, y quise aprovechar yéndome con él.

El 22 de febrero de 2014 me trasladé

al poblado de Sataya e hice una visita al síndico, mismo que me citó para el siguiente sábado, primero de marzo. Llegado el día, estuve con él y le di a conocer mi proyecto e hicimos planes para que convocara a las personas interesadas el sábado siguiente.

Acudimos puntuales y las personas empezaron a llegar, el síndico nos dio la bienvenida y me presentó con diez personas que asistieron al llamado. Para mi sorpresa pude enterarme por boca de los asistentes que el nivel de escolaridad de los habitantes rebasaba la educación media superior, gracias a programas que la SEP ha implementado en la cabecera de esta sindicatura y que si bien habían asistido al citatorio fue porque estaban interesadas en saber cómo obtener los apoyos necesarios para iniciarse como participantes en un programa de huertos productivos.

Por lo anteriormente expuesto, me di a la tarea de dirigirme al poblado de “El Realito” e ir de casa en casa para investigar si alguno de sus moradores



tenía la necesidad o el interés de alfabetizarse.

A diferencia de Sataya, en El Realito sí encontré a muchas personas adultas con el problema de analfabetismo, algunos argumentando vergüenza, otros falta de tiempo, y pocos diciendo que como jornaleros y en su situación de no saber una letra, ganaban igual que otros de sus compañeros que sí tenían escuela y que inclusive andaba entre ellos un licenciado, todo lo anterior para terminar negándose a aceptar la invitación que se les hacía.

Fue entonces que después de invitarlos y persuadirlos a ser partícipes de este proyecto, logré que seis de ellos aceptaran la primera clase el sábado siguiente, 15 de marzo.

En el primer día de clases, bajo la sombra de un frondoso árbol de tamarindo asistió sólo Isabel de los seis que se habían comprometido a tomar el curso de alfabetización, le atendí y al término de nuestra clase le dije que me acompañara a visitar a las personas que habían hecho el compromiso y al saber ella de quién se trataba, me dijo... “Al Poncho lo ví hace rato en la orilla del río empinando el codo, así que no creo que venga”, y dice: “Ese José Antonio, se la vaciló pues él ya sabe leer, con decirle que hasta inglés habla el condenado, se me hace que te dijo nomás porque le gustó la maestra, jejeje!!!! “Solté una carcajada!! Y en ese momento vimos que llegó y le dije... lo estuvimos esperando! Y soltó un sonrisita pícara a lo que le hice una pregunta en inglés y, por apantallarme, terminamos charlando en ese idioma.

Me seguía comentando Isabel de los inscritos: “Víctor y Bernarda se van con los borregos a pastorearlos, así que tampoco creo que se paren por acá!”. Así que decidimos dar otro recorrido por el pueblo para invitarles a unirse al proyecto y así fue como dimos con Yolanda, que en el siguiente sábado ya contábamos con ella sin necesidad de ir por ella a su casa como con Isabel cada sábado.

Tuve a Yolanda e Isabel dos sábados consecutivos y a la tercera clase ya contábamos con Ernesto. Mi padre me esperaba de regreso de mi universidad en la orilla de la carretera para que los tiempos me alcanzaran y estar con mis nuevos alumnos. Mi madre siempre me mandaba mi lonche para que no me malpasara. Así que acompañada de mi padre y mis hijos emprendíamos la marcha cada sábado al rancho.

No todo fue grato, hubo dos ocasiones que nos chocaron al venir de regreso a casa y me sentía culpable de lo sucedido, pues teníamos varios sábados que algo sucedía con el auto, e incluso cuando estuvo en el taller por segunda ocasión, mi padre pidió un automóvil prestado y éste también se averió en el camino de regreso, al grado de tener que dejarlo en Navolato, resguardado en la caseta de policía.

Por supuesto, mi padre hacía los gastos necesarios. Al inicio del mes

de agosto, mis padres emigraron a la ciudad de Hermosillo y quedé sin el apoyo y facilidad del traslado al lugar de trabajo, así que me aventuré a irme en el camión un par de veces.

No fue fácil encontrar la manera pues en ocasiones por mi falta de recursos dejaba de asistir. Era complicado para mí sola, con mis cuatro hijos, la escuela (que ya cursaba mi último ciclo y debía atender a diario mi proyecto de intervención), las labores de casa y buscar la manera de agarrar trabajos temporales para el sustento y el cuidado del hogar, me traían muy cansada y preocupada. Seguí yendo en camión, pero a causa de las largas distancias que recorría en las tardes para alcanzar el último camión de regreso, pasé por experiencias no muy gratas, pues no faltaba el vago que me diera un susto o correr el riesgo de no tomar camión de regreso como aquel día de octubre.

Con el paso del tiempo iba descubriendo el afecto grande que desarrollaba por mis pupilos, es hermoso que te reciban con gusto y que quieran agradecerte el esfuerzo con lo mejor de la cosecha de sus huertos, así que cada sábado venía cargada de frutas, verduras, frijol, y hasta pescado y camarón que traía don Ignacio, producto de su trabajo. No faltaban las invitaciones a comer y el refresco bien helado que cada tarde al llegar me ofrecía Judith, por tener tiendita en



casa. Al pasar el tiempo y atender mis obligaciones que como alfabetizadora tenía, conocí a una buena persona que con el tiempo llegó a ser especial en mi vida. Fue que con su apoyo que cada sábado, acompañados por nuestros hijos, pude continuar asistiendo a mis clases en la comunidad de El Realito.

Es grato conocer gente que quiera aprender y superarse, es realmente maravilloso ver que con tu ayuda la gente cambia, pues lo veo especialmente con Yolanda al ver su gran sonrisa apenas al descubrir su competencia lograda en el mecanismo de la lecto-escritura y sus niveles de desarrollo de la comprensión lectora y redactora. Eso no ha sido fácil para ella, pero ha dado seguimiento permanente y continuo a todas las enseñanzas que en su proceso ha tenido.

Nunca dejo de motivarla y de invitarla a la lectura, pues su objetivo siempre fue poder leer, como ella lo dijo, “la palabra de Dios”. Me agrada enormemente cómo Ernesto se siente diferente, se ve diferente, su semblante ha cambiado al sentirse aceptado, lo percibo por su sonrisa que ahora le acompaña, se siente querido en el grupo al poder comunicarse ahora ya con la lectura y escritura con las demás personas. Al igual que ellos, Isabel, al descubrir que puede dar lectura hasta a las palabras con sílabas trilíteras, se llena de entusiasmo, que aunque su proceso ha sido muy lento la motivo cada sábado, pues me recibe cada vez con un “ya no quiero leer” y mi ánimo decae y la persuado y la invito de nuevo.

Enseñar con eficacia y sentir que está surtiendo efecto es en verdad una tarea muy difícil; pero vale la pena. Ello requiere que me esfuerce diligentemente por aumentar mi entendimiento y por mejorar mis habilidades a fin de que ellos puedan ejercer lo aprendido de la mejor manera. Para ello se ha

requerido a lo largo del proceso de enseñanza- aprendizaje dejar de utilizar un método genérico de enseñanza, pues a medida que he ido conociendo y comprendiendo sus necesidades he tratado de enseñar lecciones adaptadas a las situaciones individuales de mis alumnos, allí, bajo la sombra del árbol de tamarindo.

Nada es imposible con esfuerzo, voluntad y dedicación

Alba Mirely López Armenta



Soy egresada de la Universidad Pedagógica del Estado de Sinaloa (UPES); esta institución tiene como visión combatir el alto grado de analfabetismo que existe en el estado; para cumplir con esto se ha elaborado una guía de alfabetización que me sirvió como herramienta para trabajar con las señoras, de la misma manera se trabajó con el cuaderno de trabajo de

PROASIN, se realizó en hojas blancas el abecedario; el cual consistía en la letra mayúscula y minúscula, de igual forma la familia de sílabas de cada una éstas.

Se trabajó con tarjetas de cartulinas, las cuales tenían las vocales, el abecedario y diferentes sílabas. Se utilizó la lotería del abecedario como una estrategia didáctica.

Se alfabetizó a dos señoras: María Cristina López Moreno de 75 años de edad y Alicia Armenta Espinoza de 72 años. Las clases se impartieron en los domicilios de las personas alfabetizadas, en la ciudad de Guamúchil, Sinaloa.

Se trabajó tres días a la semana, con un tiempo determinado de dos horas por sesión, los días y el horario se ajustaban dependiendo a las circunstancias de cada una de ellas.

Mi experiencia como alfabetizadora ha sido muy bonita, ya que de ésta me llevo muchos aprendizajes significativos, me dio a conocer en un principio las carencias con las que cuenta la sociedad actual.

Un aspecto muy importante es la gran cantidad de analfabetas que existen y la importancia de implementar estrategias que nos permitan disminuir el problema. Para esto se innovaron técnicas de aprendizaje, las cuales se aplicaron con el propósito de enseñar a las personas adultas la lectura y escritura. Se llevó a cabo una serie de ejercicios que posteriormente fueron evaluados.

Una motivación con la cual conté en este proceso fue el interés que mostró cada una de las personas por superarse personalmente y el deseo de lograr una meta más en su vida.

Es maravilloso ver cómo es uno mismo el encargado de encaminar a una persona adulta en la educación. Saber que entre los dos existe una relación en la cual compartimos nuevos conocimientos.

Formar parte del grupo de personas que presta su servicio como alfabetizadores es de gran satisfacción. Enseñar a una persona mayor el proceso de la lecto-escritura es difícil mas no imposible. En desventaja con el niño, el adulto sabe lo que desea y por tanto, adopta una actitud crítica respecto al material pedagógico con el cual se trabaja, mientras que el niño despliega una curiosidad mayor y más espontánea.

Me siento muy contenta porque juntas hicimos que el aprendizaje fuera parte de su vida y que no importaban los errores que se cometieran a lo largo del camino, sino la actitud con la cual éstos fueron superados, que, a pesar de éstos, jamás se detuvieron y siempre se intentaba una vez más, así poco a poco pudieron ir aprendiendo de lo más simple a lo más complicado, hasta que se alcanzó la meta establecida.

Natividad, Rosalina, Benita, Elisabeth y Francisco

Francisca Esparza Castillo



De la experiencia que puedo compartirles al momento de alfabetizar a las cinco personas que estuvieron participando en mi servicio social, puedo decirles que fueron unas personas muy dedicadas y con ganas de salir adelante, dando todo lo mejor de ellas para lograr el aprendizaje, esto para mí fue muy emotivo, ya que con su ayuda era más fácil. Natividad,

Rosalinda, Benita, Elisabeth y Francisco, se desempeñaron muy bien, aunque cada una con sus capacidades, unas más fácil lograban el objetivo y otras más lentamente, pero eso no fue impedimento para que continuaran adelante.

Las edades que presentaban eran variadas, de los 40 a los 76 años, y nunca se expresaron de formas negativas,

como para qué quiero estudiar si ya estoy viejo, sino al contrario, ellos querían aprender para hacer cosas que nunca habían podido hacer, como leer y escribir.

Esta experiencia me hizo sentirme muy feliz ya que ayudar a otras personas es muy satisfactorio y aparte tener como alumno a mi propio padre fue lo máximo, sentía que estaba pagando una de tantas cosas que él ha hecho por mí.

Les comparto que él fue el que más me ayudó a lograr la paciencia, ya que era el más mayor y era un poco desesperado y la verdad sí me costó un poquito más de trabajo con él, pero al final se logró el objetivo. Cuando estaba enseñando a mi padre me venía a la mente muchos recuerdo de cuando él trataba de enseñarme algunas cosas, tanto de la escuela como de la vida.

Nunca hubo regaños si no entendía, al contrario, él me lo explicaba con calma hasta captar lo que quería que aprendiera, esto me sirvió mucho al momento de alfabetizar, traté de ser lo

más tolerante posible y amable para no hacerlo sentir mal. Traté de utilizar el método que él utilizaba conmigo y la verdad da resultado. Cuando se estaba dando el proceso de enseñanza cada día venían mis alumnos emocionados diciéndome, maestra ya pude dejar un recado, pude leer algunas cosas; esas experiencias nunca se me van a olvidar, me sentía como que estaba ayudando a ver a un ciego, que poco a poco le iba iluminando el camino.

El docente debe tener ciertas metas hacia sus alumnos, lograr la confianza de ellos y tratarlos lo mejor posible, sin dañar su autoestima hacer que se crean que ellos pueden lograr lo que se propongan y alcancen todas sus metas.

Es muy emotivo escucharlas decir que la maestra Francis los enseñó a leer y a escribir y que ya no los hacen tontos. Es una satisfacción que siento y continuo en este procedimiento aunque con niños, pero de igual manera dejo mi granito de arena para que este mundo mejore y las personas tengan las bases para defenderse en la vida.

Aprender a escribir su nombre

Fernanda Sánchez Urías



Tener un acercamiento muy estrecho con la C. Cristina Caña Nava me ha permitido crecer en mi desarrollo personal.

Fue una experiencia muy bonita por su gran humildad y que a duras penas entabla conversación, ya que es muy vergonzosa, pero a pesar de todo llegué a ganarme su confianza y a convencerla

que estudiara para que aprendiera a leer.

Cristina terminó preescolar y fue un tiempo a primer grado, pero no aprendió a leer y no se aprendió las letras. Ella tuvo que suspender su educación a la edad de 7 años por problemas familiares, ya que su mamá enfermó de embolia y ella tuvo que hacerse cargo de su mamá y de un

hermanito de un año; cuando creció un poco, se fue al campo a trabajar para poder ayudar en los gastos de su casa.

Se casó y tampoco le tomó importancia de aprender a leer, olvidándose completamente de todo lo involucrado a la escuela.

En el trato con ella pude darme cuenta de su carácter paciente, relacionadas con su alfabetización: En muchas ocasiones el temor a lo desconocido ya que ella no conocía ninguna letra, al firmar documentos importantes entre ellas la credencial de elector, sólo lo hacía con una X, pero a través del paso de los días se dieron los procesos de enseñanza y aprendizaje, esto le permitió confianza en sí misma, y lograr avances positivos.

La práctica de valores que ella desarrolla vivencialmente son los siguientes: Respetuosa, honesta y sobre todo el valor de la solidaridad, siendo una persona amable y humilde a pesar de sus muy bajos recursos económicos.

En el campo educativo las actividades que implementé para el desarrollo de su alfabetización fueron: las vocales, descomposición y recomposición de la palabra generadora. Repetir en varias ocasiones en voz alta las palabras, formación de palabras nuevas, pintar dibujos y repasar nombre de la imagen con crayolas, completar palabras y

oraciones poniendo las vocales faltantes y relacionar la palabra con el dibujo.

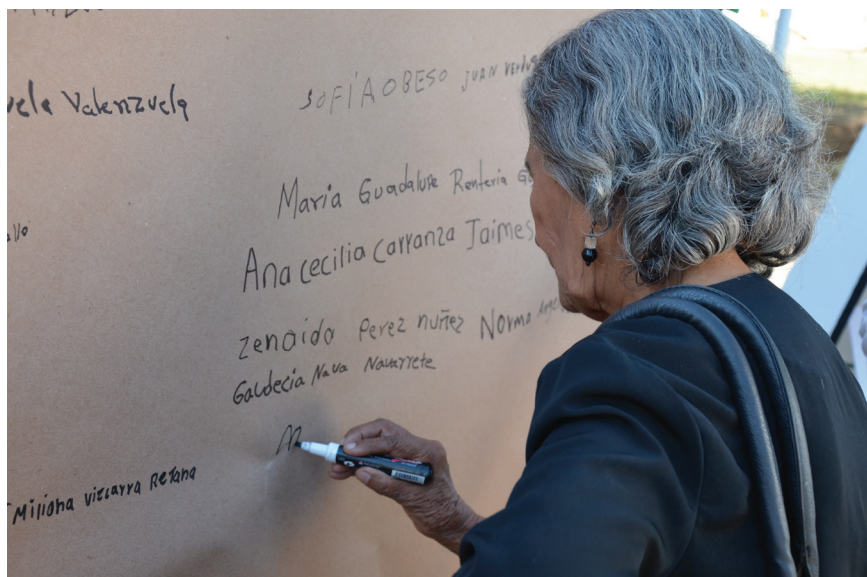
Me apoyé en programa de fase inicial de alfabetización y otros materiales como el libro del adulto, juguemos a leer y materiales de internet.

Mis horarios de alfabetizar fueron de 4 a 6 de la tarde, lunes y miércoles en su casa, siendo este el punto de reunión para las sesiones.

Esta persona al principio que comencé con los trabajos me di cuenta que proyectaba muchas ganas de aprender y así fue, aprendió a deletrear pronto, a mí me dio mucho gusto porque empecé a ver que ya había aprendido a leer un poco.

Con el paso del tiempo empezó a faltar mucho, no le veía interés, ni responsabilidad al no presentarme las tareas que yo le asignaba, pero entendí que es por su muy bajo recurso económico. Cristina se dedica a bordar y tejer, el DIF la apoya con despensa cada quince días y le ayuda con leche para su niño. En ocasiones me presenté a dar la clase y no se encontraba y esto fue retrasando su aprendizaje.

Sin embargo he tenido paciencia y sé que ella también me la tiene a mí, por interrumpir en la mayoría de las veces cosas que ella considera más importantes.



Gracias a Dios todo esto ha sido favorable para las dos, de una manera lenta pero satisfactoria, quedo satisfecha de haber logrado este objetivo de que aprendió a conocer y leer la mayoría de las letras, palabras y pequeñas oraciones, aunque se le dificulta pronunciar la letra U y la pronuncia como si fuera O y al revés.

Ha sido difícil llegar a donde llegamos Cristina y yo con el aprendizaje, ya que ella no le toma mucha importancia tener práctica en la lectura, dándome cuenta en sus tareas, sólo lee lo que le presento y ha sido difícil convencerla que lea cinco minutos diarios y hasta la fecha después de un año y medio no lo ha hecho, comprendo que lo único importante para ella fue aprender a escribir su nombre y lo demás no. Pero hoy sabe mucho más de como la

encontré en un principio.

En Cristina Caña Nava no veo a futuro ningún proyecto de vida, pero espero que con parte de mi ayuda se ponga a hacer la primaria después de terminar la alfabetización, ya que a lo largo de todo este tiempo le he tomado mucho cariño y respeto por su manera de ser en lo personal y también la de su familia, con esa humildad con la que me reciben en su casa, esto me hace sentirme en confianza.

La admiro y valoro todo su esfuerzo, a pesar de todo ella sale adelante con todo y pobreza extrema donde vive. El que siga estudiando le permitirá defenderse un poco más en la vida, por eso mi preocupación y en ocasiones tristeza al ver que le toma menos importancia al estudio. Pero estaré al

pendiente de que termine su primaria.

De mi parte mi reconocimiento para ella, queda una huella imborrable en mi vida, ya que he aprendido mucho de ella, a quererla y valorarla de todas las maneras, por todas las vivencias que tuvimos y seguiremos teniendo.

Mis mayores deseos y felicitaciones por todo lo que hasta ahorita se ha logrado.



LIC. MARIO LÓPEZ VALDEZ
GOBERNADOR DEL ESTADO DE SINALOA

LIC. GERARDO OCTAVIO VARGAS LANDEROS
SECRETARIO GENERAL DE GOBIERNO

DR. FRANCISCO CUAUHTÉMOC FRÍAS CASTRO
SECRETARIO DE EDUCACIÓN PÚBLICA Y CULTURA

DR. GÓMER MONÁRREZ GONZÁLEZ
SUBSECRETARIO DE EDUCACIÓN MEDIA SUPERIOR Y SUPERIOR

DR. ANISETO CÁRDENAS GALINDO
RECTOR

M.C. JOSÉ ABELARDO RÍOS PÉREZ
SECRETARIO ACADÉMICO

LIC. NORMA LETICIA JUÁREZ BELTRÁN
SECRETARIA ADMINISTRATIVA

M.C. EFRAÍN ALEMÁN GARCÍA
DIRECTOR DE LA UNIDAD CULIACAN

M.C. ERICK ZOROBABEL VARGAS CASTRO
DIRECTOR DE LA UNIDAD MAZATLÁN

M.C. JAIME ANTONIO FLORES URIAS
DIRECTOR DE LA UNIDAD LOS MOCHIS



“Educación, fuente de esperanza y transformación”